

CRÍTICA DE LIBROS

Sidney DELL, *Trade Blocs and Common Markets*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1963, pp. xviii + 384 + x.

Muchos de los problemas del comercio mundial —en realidad problemas de desarrollo económico mundial— que se ventilan en la conferencia de las Naciones Unidas del presente año en Ginebra, han sido planteados con nitidez en este valioso libro de un economista inglés que ha prestado sus servicios precisamente en la preparación de esa conferencia. Dell describe y comenta los diferentes agrupamientos regionales —mercados comunes, asociaciones de libre comercio o intentos de integración— que se han venido estableciendo desde la última guerra, y los enmarca en las grandes corrientes de la política comercial internacional determinada por los principales países industriales, especialmente los Estados Unidos. Más que el problema de las integraciones regionales en sí, el que merece la atención central del autor es el de las relaciones económicas entre los países subdesarrollados, por una parte, y los industrializados de alto nivel de vida, por otra. Esta situación entre otras cosas, da justificación a la asociación e integración de los primeros, en determinadas regiones del mundo, como medio de defensa y como forma más racional de desarrollo, pero, además, da base a la necesidad de formular una nueva política comercial en escala mundial que favorezca el crecimiento de los países débiles otorgándole pleno acceso, sin obligación de otorgar concesiones equivalentes, a los mercados de los países fuertes. La enorme complejidad de este problema, que sin duda requerirá abundante discusión y negociación en reuniones postginebrinas, es abordada por Dell no sólo con alarde de argumentos técnicos sino con cierto apasionamiento.

Quizá sea éste el flanco vulnerable de lo que, por otros conceptos, puede considerarse como un libro excelente. Se puede estar de acuerdo con Dell, sin dificultad, en que Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea y, aunque no lo dice abiertamente, los principales miembros de la llamada Comunidad Británica, llevan a cabo una política excesivamente proteccionista y, en muchos aspectos, discriminatoria, contra las exportaciones de los países subdesarrollados. No hay duda, por lo demás, de que la asociación de los países

africanos al mercado común europeo es una posición preferencial dañina a los intereses de América Latina, Asia y los antiguos territorios coloniales británicos, hoy independientes, en cuanto a sus mercados en la Europa continental. También es evidente que el bloque soviético, debido al rigor de su anticuado sistema bilateral y a su deseo de no depender en gran medida de productos primarios importados, no promueve como debiera el comercio de los países subdesarrollados. Pero de todo esto a considerar el mercado común europeo como un complot siniestro del capitalismo europeo y del general De Gaulle para debilitar y doblegar a la Gran Bretaña, oprimir a la clase trabajadora europea y extraerle el jugo a los países subdesarrollados, hay un buen trecho, y para andar lo se necesita un poco de imaginación.

El principal objetivo al que el autor endereza sus baterías es el Tratado de Roma, junto con sus antecedentes. Niega que el mercado común europeo esté justificado por argumentos económicos: ni la escasa dimensión de los países ni el deseo de provocar competencia y eficiencia industriales son, según él, tesis defensibles a favor del libre comercio intrarregional. El nuevo y fuerte impulso económico de Europa occidental en la postguerra, que fue anterior a 1957, no requería para proseguir —continúa diciendo Dell—, de un mercado común. El argumento del efecto que sobre la productividad general habría de tener la interrelación industrial lo descuenta como falso por no existir, ni haberse proyectado, una planeación conjunta de la economía europea. Pera Dell, el mercado común europeo es un ente político, y leyendo esa parte del libro (capítulos II a IV), descubre uno en él a un enemigo intransigente, quizá en el fondo demasiado británico al fin, de la integración europea. Provocado políticamente por los Estados Unidos, auspiciados por los "europeístas", alentado (¡horror!) por De Gaulle (quien de paso engatusó a los alemanes) con la convivencia de los capitalistas, la Comunidad Económica Europea es un instrumento proteccionista de los grandes intereses europeos, antibritánico, antiobrero, antigobiernista y contrario a la política de desarrollo de los países menos privilegiados.

Pero hay obvia contradicción en su exposición del problema, porque si Europa no necesitaba del mercado común y su prosperidad se habría mantenido de cualquier manera a partir de 1957, se sigue también que los países europeos, aun sin el mercado común, hubieran desarrollado ante el resto del mundo la política comercial que Dell critica; es decir, nada tendría que ver el hecho del Tratado de Roma, pues

aun la preferencia hacia los territorios africanos se habría mantenido. Dell se contradice aún más cuando sostiene, en el capítulo III, que el Benelux fue un fracaso, lo mismo que la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, y que el mercado común europeo no avanza en los aspectos no arancelarios; aparte de sostener que la Asociación Europea de Libre Comercio no tiene vigencia. Si todos estos arreglos no sirven o no funcionan, ¿cómo se puede decir al mismo tiempo que son perjudiciales al resto del mundo? Y si son, como alega, perjudiciales, ¿cómo afirmar que las concesiones arancelarias mutuas que se hicieren los Estados Unidos y el mercado común europeo no traerían ventajas económicas, sino sólo políticas (pp. 167-168), cuando es bien sabido que Estados Unidos se rige por el tratamiento de nación más favorecida y que las rebajas arancelarias que otorgue Europa beneficiarán al resto de los miembros del GATT y a muchos países no miembros? Si los dos gigantes inician rebajas, se crearía mejor ambiente y mayor posibilidad de conseguir concesiones que fueran favorables a los países subdesarrollados. Dell afirma, por cierto, que el nivel arancelario externo de la Comunidad Económica Europea y de Estados Unidos es semejante (p. 105), aunque no lo demuestra; como tampoco da ningún dato que ilustre su afirmación repetida de que la tarifa norteamericana llegó a niveles muy elevados en 1890 y en 1930. De acuerdo, pero ¿cuáles fueron?

Si bien el autor es obstinadamente hostil al mercado común europeo, aun en su concepción teórica, el lector no puede menos que suponer que en parte se trata de una forma sutil y oculta de actuar como *devil's advocate* en lo que se refiere a la cooperación e integración de los países subdesarrollados. En esto Dell pisa terreno más firme, ya que, por ejemplo, la ALALC, con todo y su justificación, no puede operar milagros, y no convendría atribuirle resultados para América Latina que sólo podrían originarse en buenas políticas de desarrollo y no en meras negociaciones arancelarias. Es decir, es aconsejable en todo momento tener siempre presentes las desventajas y los peligros de un mercado común, así como su posible falta de consecuencias suficientemente positivas, a fin de valorar lo que significa como instrumento político-económico. Como quiera que sea, Dell es partidario de las zonas de libre comercio y de los mercados comunes en el mundo subdesarrollado, lo mismo en América Latina que en África y Asia, aun cuando no ve muchas posibilidades inmediatas en los dos últimos continentes. Cultiva, sin embargo, el drama de la polarización como resultado inconve-

niente de estos arreglos, y ve el riesgo de la penetración excesiva del capital extranjero al amparo de la ampliación del mercado intrarregional; problemas ambos que se producen con o sin mercado común. Somete a la ALALC a un examen ponderado pero no exento de crítica en cuanto a su origen, pues estima que el Tratado de Montevideo se ligó demasiado a la necesidad de ajustarse al artículo XXIV del GATT. Sin embargo, admite que, de no ser así, no se hubiera pasado de un sistema meramente preferencial y de defensa común de intereses frente a Europa (el cual, obviamente, habría fracasado ante la oposición de los Estados Unidos). Por otro lado, la ALALC no conduce muy de prisa hacia la integración que sería apetecible. Aún así, Dell estima con algún optimismo la trayectoria del Tratado de Montevideo. No está de más señalar un error: el de suponer que dicho Tratado obliga a liberar sólo el comercio existente, en contraposición al de "nuevos" productos, cuando en realidad están de pie de igualdad. También debe hacerse notar que la explicación del convenio centroamericano, sobre integración industrial no es enteramente exacta, aunque la imprecisión no daña.

Para el lector latinoamericano será sin duda de mucho interés conocer de los intentos y proyectos de unión económica o aduanera, o de libre comercio, comprendidos en las Antillas inglesas, en el África occidental ex-francesa y la oriental ex-inglesa, así como entre Ghana y algunos de sus vecinos, entre otros estados africanos, entre los países árabes y entre algunos países asiáticos. Aparte de los fracasos ya ocurridos, ninguno de esos arreglos se encuentra en etapa tan adelantada y firme como la ALALC o el programa de integración económica de Centroamérica; los obstáculos políticos y la falta misma de desarrollo han impedido, aun con la ayuda de los organismos internacionales, que se afiancen las ideas integracionistas, situación aún más lamentable si la cooperación regional o subregional ha de servir de defensa contra la política comercial de los países industriales, como lo propugna Dell.

A la vez el lector encontrará muy iluminante la exposición que hace Dell de la cooperación económica y los intentos de integración industrial del bloque soviético, llevados a cabo por intermedio del COMECON, sobre todo a partir de 1962; y de las dificultades —políticas, económicas e institucionales— que han impedido un mayor volumen de intercambio entre los países socialistas europeos y el resto del mundo.

La impresión de conjunto que deja este libro de Dell es que, para juzgar de los mercados comunes y otros agrupa-

mientos económicos semejantes, no se puede usar tan sólo del análisis económico. Están en juego muchas otras cosas. "Los mercados comunes no sólo unen, sino que pueden dividir", dice el propio autor (p. 353). Pero sólo puede hacerse un juicio sereno en perspectiva histórica —perspectiva de la que aún se carece—, y por ello el juicio de Dell sobre el mercado común europeo y su efecto sobre la Gran Bretaña y sobre los países subdesarrollados parece un tanto prematuro y aventurado. El contrapeso europeo a la política comercial norteamericana siempre será bien visto, por ejemplo, en América Latina, mientras que la suerte que corra la Gran Bretaña no será motivo de compasión en algunas áreas latinoamericanas en tanto la actitud británica no sea más positiva.

Todo lo que se afirma en estos comentarios no le resta, por supuesto, ningún mérito a la obra de Dell, pues son simples diferencias de criterio. A la felicitación al autor por haber emprendido la tarea de exponer tan vasto tema y ponerlo al alcance del lector común, debe añadirse otra al editor por haber incluido diez páginas de índice analítico alfabético, de gran valor en este tipo de obras y práctica que sería muy recomendable en las ediciones latinoamericanas.

VÍCTOR L. URQUIDI,
de El Colegio Nacional

Tad SZULC, *The Winds of Revolution, Latin America Today-and Tomorrow*, Frederick A. Praeger, Publisher, New York-London, 1963. The Praeger Contemporary World Series, N^o 9)

Los vientos de la revolución soplan a través de la América Latina. Son verdaderos, fuertes y no imaginarios. La dirección de estos vientos determinará el destino de la América Latina en el curso de la presente década. Este es el tema de un nuevo libro publicado hace algunos meses en los Estados Unidos e intitulado "The Winds of Revolution, Latin America Today-and Tomorrow". El autor de este libro es un joven periodista del *New York Times*, Tad Szulc. El señor Szulc fue educado en Brasil; domina perfectamente el español y el portugués y durante varios años fue el principal corresponsal del *New York Times* en América Latina.

Desde hace muchos años, América Latina estaba madura para una revolución social. Esta situación se debía al trágico

estado de cosas en el continente ibero-americano y no a la influencia de las ideas y de los acontecimientos revolucionarios en otras partes del mundo. El hecho de que la revolución cubana “se vistió en la ideología comunista es, más bien, un accidente de la historia y una consecuencia de la guerra fría”. Pero fundamentalmente la revolución —que ya sucedió en Cuba y cuya potencialidad está creciendo en el resto de la América Latina— resulta de la “inevitable lógica de la historia” y no depende de su futuro contenido ideológico cualquiera que éste sea.

¿Cuál será este contenido ideológico de la revolución en la América Latina? ¿Se considera generalmente que América Latina forma parte del mundo occidental y que sus caminos son los de la democracia? ¿Es verdad o es una falacia? El famoso historiador inglés, James Brice, en su libro *South America*, publicado en 1912, asentó la tesis de que un régimen democrático no puede existir en país alguno que no reúna las condiciones necesarias para su funcionamiento. Tad Szulc comparte esta tesis de Brice (sin mencionar su obra) afirmando que, la democracia en la América Latina a través de todos los ciento cincuenta años de su historia, no fue en realidad, ni democrática ni representativa. Además —a pesar de sus formas constitucionales democráticas— América Latina sintió profundo desprecio por democracia de tipo occidental identificándola no con sus nobles ideas de libertad y de igualdad sino con el capitalismo explotador y con el imperialismo económico y político. Por otro lado —y pese a la poca importancia de los movimientos y fuerzas comunistas nacionales— se reconoce que los acontecimientos cubanos contribuyeron a la posibilidad de una revolución comunista en América Latina. Toda revolución —dice Szulc— necesita el apoyo de una poderosa y atractiva ideología política. “El humanismo” de Fidel Castro constituía la ideología política de la primera fase de la revolución cubana. Pero los hombres del 26 de julio se dieron pronto cuenta que el “humanismo castrista” no es suficientemente poderoso, ni bastante atractivo como contenido ideológico de la revolución. Por razones de “power politics”, el objeto del peregrinaje de Castro a Moscú fue el de contrabalancear la oposición y la amenaza a su régimen por parte de Estados Unidos. El otro y no menos importante motivo de su conversión al comunismo fue el de la necesidad de dotar a la revolución cubana con una poderosa y atractiva ideología política.

A través de todo su libro Szulc, en una forma directa o

indirecta, compara y pesa las posibilidades del comunismo con las de la democracia en lo relativo a la naturaleza y al camino que tendrá que escoger la revolución latinoamericana. La comparación resulta más bien negativa en torno a la democracia. Pero el autor personalmente no está del lado de la alternativa cuya fuerza reconoce objetivamente. Es tarde —dice Szulc— para descartar la alternativa comunista y para lograr que la revolución social en América Latina tenga la forma de una “revolución blanca”, democrática y evolutiva. Es tarde y no queda mucho tiempo, pero la batalla no está todavía perdida. Para ganarla hay que actuar poderosamente y sin más demora en los campos ideológico, político y económico. Hay que dotar al camino democrático con una ideología política no menos poderosa y atractiva que la comunista. Hay que crear en América Latina una “mística democrática”. Hay que convencer a los latinoamericanos (pese a todos los errores, fallas y falta de imaginación de Washington) de la sinceridad de la nueva actitud y de la nueva política de los Estados Unidos, simbolizada por la Alianza para el Progreso. Hay que comprobar que el capitalismo explotador y el imperialismo político y económico ya no dirigirán los acontecimientos, ni de frente, ni a espaldas. La trascendental importancia del camino, tanto para ella misma como para el resto del mundo que seguirá la América Latina impone, por parte de las fuerzas democráticas, el uso de toda su imaginación y una acción pronta y decisiva. Hay que tener fe en su éxito. Pero la contestación a la pregunta de si este éxito se logrará o podrá lograrse queda abierta como queda abierto el problema de la contradicción entre la revolución y su realización por métodos y medios revolucionarios. Por eso, la tesis final de Szulc de que los tremendos cambios en la América Latina se cristalizarán “en una síntesis de las principales corrientes hoy en evidencia” y que la América Latina “ni se volverá comunista ni seguirá el uniforme camino de una evolución pacífica” parece ser algún tanto arbitraria y, además, no coincide con la parte descriptiva de su libro. Especialmente, en vista de que reconoce que el hecho de que el castrismo y el comunismo no ganaron el apoyo popular de la América Latina no influyó sobre “su desencanto con la democracia occidental”.

El libro de Szulc no es y no pretende ser un análisis científico de las condiciones actuales en América Latina y de su futuro desarrollo. Aun cuando el autor es a veces culpable de algunas confusiones y repeticiones *The Winds of Revolution, Latin America Today and Tomorrow* es un libro que

tiene valor. Presenta correcta y honradamente las precarias condiciones en América Latina, simbolizadas, entre otras cosas, por el trágico problema de los latifundios y de los minifundios, por la increíblemente injusta distribución de ingresos y, también, por las favelas, los mocambos, las callampas, las barriadas, las vías miseria y las ciudades perdidas en todas las capitales de la América Latina, desde Buenos Aires hasta la ciudad de México.

Szulc mantiene un equilibrio entre el sector interno y el sector externo en lo que toca a la responsabilidad por el deplorable estado de cosas en la América Latina; y tampoco le falta valor para tratar el tema de la falacia de la democracia latinoamericana y para hacer que los zumbidos de los vientos revolucionarios, sofocados por los grandes medios de información pública, se escuchen en todas partes.

HENRYK GALL,

Urbanization in African Social Change, Proceedings of the Inaugural Seminar held in the Centre of African Studies, University of Edinburgh, 5th January, 1963.

Con una amplia y variada problemática, África despierta el interés de un número cada vez mayor de instituciones y es ahora la Universidad de Edinburgo la que ha abierto un Centro de Estudios Africanos. Este Centro inició sus actividades el año pasado con la organización de un Seminario que discutió los problemas del cambio social africano derivados de la urbanización. En esa ocasión se contó con la colaboración de un numeroso grupo de especialistas procedentes de diversas universidades de África, Europa y los Estados Unidos. En total se presentaron veintiún trabajos, de los cuales diecinueve forman el presente volumen, además de un sumario de las discusiones.

En África, la urbanización representa algo más que problemas de delincuencia, habitación, servicios sociales, etcétera. Los centros urbanos son los lugares donde se realiza la superposición de un sistema de producción industrial, de empleo en gran escala y de trabajo asalariado, sobre otro tradicional de subsistencia, con complicadas estructuras sociales, y en algunos casos, con arraigados sistemas políticos. La vida en los grandes centros urbanos, la mayoría de los cuales datan de hace treinta o cuarenta años, implica enfrentarse a nuevos tipos de relaciones sociales en los que se mezclan patrones